



## Narrativa política: ¿cómo llegamos hasta aquí?

Las familias trabajadoras hemos estado bajo ataque desde la tercerización de empleos estadounidenses hasta las exenciones de impuestos a favor de los súper ricos, hasta los costos exorbitantes del cuidado de la salud y hasta los ataques a los derechos del trabajador. Con George W. Bush, los trabajadores advertimos cómo al superávit masivo del presupuesto del país lo reemplazó un déficit impresionante. Vimos leyes dadas para beneficiar a los ricos a costa nuestra, y a nuestros hijos e hijas enviados a una guerra innecesaria y costosa. Además, vimos a un Wall Street desregulado fomentando un ambiente de codicia que les permitió a bancos y corredores de hipotecas especular para lucrar de los vulnerables, creando la peor recesión desde la Gran Depresión.

En el 2008, exasperados y deseando desesperadamente una nueva dirección, los afiliados de SEIU exigieron un cambio. La candidatura de Barack Obama presentó una opción fresca y la posibilidad real de tener un presidente comprometido con marcar la diferencia a favor de las familias trabajadoras. Los afiliados de SEIU se alzaron fuertes codo a codo, y trabajaron incansablemente para elegir a Barack Obama de presidente de Estados Unidos y a un Congreso demócrata. Como en las pasadas elecciones, los afiliados de SEIU “expresaron su decisión”, y salieron a las calles para comprometer a sus compañeros, amigos, familia y comunidad. Su apoyo a Barack Obama se expresó en la acción. Los miembros tocaron más de 3.5 millones de puertas, hicieron llamadas telefónicas a más de 16.5 millones de hogares, registraron a más de 200,000 nuevos votantes y aumentaron significativamente su contribución a COPE.

Tras las elecciones, el país fue testigo de la rápida acción de una administración y Congreso más partidarios del trabajador que promulgaron tres piezas de legislación destinadas primero a abordar la recesión económica del país salvando empleos, ayudando a los más afectados, estabilizando presupuestos estatales e invirtiendo en el futuro; segundo, a arreglar el resquebrajado sistema de salud del país; y tercero, a reformar Wall Street y las prácticas bancarias que llevaron a la crisis financiera.

La primera acción de importancia de la administración y los líderes demócratas fue aprobar la Ley de Recuperación y Reinversión Estadounidense (febrero del 2009), la que se estima que haya creado o salvado más de 450 mil empleos estatales y locales del sector gobierno. Cabe señalar que aunque la crisis del empleo ha sido tan dolorosa, habría sido mucho peor si el presidente Obama y los demócratas del Congreso no hubieran aprobado el paquete de estímulo económico que ayudó a evitar los despidos de policías, bomberos, trabajadores de la construcción, maestros y otros servidores públicos de confianza.

En marzo, luego de la Ley de Recuperación se dio la Ley de Asistencia Asequible que amplió la cobertura a otros 32 millones de estadounidenses y redujo el poder de las aseguradoras al negarles, por ejemplo, la posibilidad de rechazar coberturas por una condición pre-existente. En julio, apenas después de la reforma de salud, el presidente Obama firmó la Ley de Reforma de Wall Street y Protección al Consumidor, que entre otras cosas, creó la Oficina de Protección Financiera al Consumidor facilitándole al consumidor un abogado independiente que lo protegiera de los depredadores y las prácticas engañosas de la industria.

Además de estas leyes importantes, el presidente Obama y los líderes demócratas del Congreso adoptaron medidas para abordar las disparidades laborales y apoyar a una clase media golpeada por el deterioro económico del país y la pérdida de empleos. Legislación, como la Ley CARD, reguló las tasas de interés y las tarifas de las tarjetas de crédito, lo que lleva a menores tasas de interés promedio para los tarjeta-habientes. La Ley de Estímulo Económico le proveyó recortes de impuestos al 95% de todas las familias trabajadoras, y la Ley Lilly Ledbetter garantiza igual salario por igual trabajo.

En el 2010, el presidente Obama y los líderes demócratas del Congreso continuaron su labor de apoyo para que las familias trabajadoras se recuperasen del impacto de la debacle económica. La administración invirtió \$2 mil millones en colegios universitarios comunitarios para ofrecer programas de educación y formación profesional a trabajadores desplazados. En respuesta al desempleo generalizado, la administración se aseguró de que más de 14 millones de trabajadores desempleados pudieran continuar recibiendo los vitales servicios de salud mediante la ampliación de subsidios para ayudar a los trabajadores



desempleados a pagar las primas de COBRA. Además, el presidente Obama también se aseguró de que 11 millones de niños recibieran cobertura de salud adecuada al ampliar el Programa Estatal de Seguro Médico para Niños (SCHIP).

En el 2010, todos celebramos estos logros en materia legislativa, pero el cambio real no viene ni tan rápido ni tan fácil. Incluso en medio de estos logros récord de los dos primeros años, hubo temas importantes para los afiliados de SEIU que no se trataron. Aunque el presidente Obama y los líderes demócratas en repetidas ocasiones hubieron aludido la necesidad de una reforma migratoria integral y la importancia del DREAM Act, él no pudo aprobarlo ni siquiera con un Congreso demócrata. Aunque el presidente fue un defensor de los derechos de los trabajadores a organizarse, su administración no pudo promover legislación que a los trabajadores nos hubiera facilitado formar sindicatos. Quizás hayan pensado que “el tiempo estaba de su lado”.

Sin embargo, la economía no mejoró tan rápido como los funcionarios preveían y los republicanos aprovecharon la oportunidad para pintar como un fracaso el paquete económico del presidente. El 2010 las elecciones legislativas mostraron la impaciencia cada vez mayor de los votantes, quienes rechazaron al partido en el poder acicateados por el desempleo persistente y el deterioro de las perspectivas económicas. La elección marcó el comienzo de una ola compuesta de republicanos conservadores y los gatos monteses del Tea Party que tenían un solo foco en mente: acallar la voz del trabajador sindicalizado y equilibrar el déficit del presupuesto a expensas de la clase trabajadora.

Estos nuevos ultra-conservadores se aliaron con los clásicos republicanos corporativos, sus bien financiados patrocinadores corporativos y con sus partidarios extremistas para crear la serpiente mitológica de múltiples cabezas que ha comenzado un asalto sin precedentes contra el pueblo trabajador, con un gran foco en eliminar el derecho de los trabajadores a la negociación colectiva y su facultad de ganarse una paga honesta por su trabajar diario. Son los mismos de Wall Street que destrozaron la economía y ahora quieren que los trabajadores a salario mínimo la compongan. Los ataques van desde pasar la carga de la deuda del país a los hombros del trabajador hasta el recorte de programas salvavidas como Medicare y Medicaid, y hasta quitar recursos federales que generan y mantienen empleos en las comunidades más golpeadas por la recesión.

En ninguna parte el asalto al pueblo trabajador se hace más claramente patente que en Wisconsin. En primer lugar, el Gobernador Walker rechazó millones de dólares en fondos de estímulo que podrían haber puesto a los desempleados de Wisconsin de vuelta a trabajar y a generar las muy necesarias inversiones en las economías local y estatal. Luego, introdujo legislación que eliminaba el derecho a la negociación colectiva de cientos de miles de trabajadores. Para colmo de males, Walker presentó y aprobó un presupuesto que hizo que las personas pobres y de salario mínimo pagaran por los recortes fiscales que había dado a sus ricos donantes y las corporaciones. La situación de Wisconsin no es ajena a lo que están experimentando otros estadounidenses.

Si nos fijamos en la política nacional desde las elecciones de mitad de período, el ambiente político está bastante infectado y peor aun. Las actividades de los políticos partidistas y los del Tea Party han levantado un muro virtual que bloquea cualquier avance. Por ejemplo, al DREAM Act que antes disfrutaba del apoyo de ambos partidos, prácticamente todos los republicanos del Congreso le han dado la espalda. Para colmo de colmos, los de la línea dura de inmigración han introducido un aluvión de leyes que se centran en lo policiaco en vez de en una solución integral. Y esta no es la única práctica obstruccionista: de hecho, la oposición a la agenda del presidente Obama de los conservadores y el Tea Party está frenando los progresos en muchas otras áreas. Por ejemplo, los republicanos conservadores de muchos estados están aprobando leyes para dismantelar la ley de salud a pesar de los beneficios que ha traído (sin límites de por vida en la cobertura, no a la negación de cobertura por enfermedades pre-existentes de los niños, las aseguradoras ya no pueden sacar al que está enfermo, y hay una extensión que les permite a los padres cubrir a sus hijos hasta los 26 años).

Los políticos partidistas, como la mayoría de los republicanos del Congreso, sólo desean ver fracasar al presidente. John Boehner, el nuevo presidente de la Cámara de Representantes y Mitch McConnell, el del Senado, desde el principio dejaron muy en claro cuáles eran sus prioridades: Obama iba a ser un presidente de un solo mandato, y harían todo lo posible para verlo fracasar, incluso a costa del país.



El reciente debate sobre el techo de la deuda dolorosamente muestra el afán con el que esta nueva hornada de conservadores va a defender los intereses de los adinerados y la incapacidad aparente de los demócratas de superar o detener a sus homólogos políticos. Boehner y McConnell tuvieron secuestrado al país durante las negociaciones para preservar los incentivos fiscales de los ricos y proteger a las mismas entidades corporativas que en primer lugar han provocado la crisis económica como condición necesaria para votar a favor de elevar el techo de la deuda.

Aunque el catalizador de este nuevo movimiento puede haber sido los ataques a los derechos laborales, la lucha ha degenerado rápidamente en un debate nacional sobre la protección y preservación de la clase media. Mientras los congresistas republicanos plantean sus demandas poco realistas y afilan su retórica política, los estadounidenses nos enfocamos en el empleo.

El trabajo de reconstruir ese movimiento comenzó este año en Wisconsin con los primeros ataques a los derechos laborales. Ahora necesitamos que Ud. sume su voz y esfuerzos. Participando vivamente en el proceso político y movilizándolo a favor de candidatos pro-laborales, podremos proteger a la clase media y cambiar el rumbo del país. Sabremos que hemos tenido éxito si somos capaces de hacer lo siguiente:

- Detener los ataques anti-laborales que amenazan la capacidad del trabajador para mejorar sus empleos y vidas mediante una voz sindical fuerte que revierta la tendencia nefasta y haga crecer el movimiento popular.
- Proteger la implantación de la reforma de la salud y garantizarles a 32 millones de estadounidenses el acceso a una atención sanitaria de calidad para todos.
- Preservar los servicios públicos de calidad y los altos estándares establecidos por los mismos trabajadores que los prestan.
- Allanarle el camino a una reforma inmigratoria integral ampliando el electorado, oponiéndonos a las iniciativas anti-inmigrante y construyendo un amplio apoyo político.

Mientras nos preparamos para las elecciones del 2012, recordemos las lecciones del 2008 y 2010. Sabemos que a partir del 2008 conseguir victorias electorales no basta para cambiar radicalmente la composición del poder del país ni para generar el cambio necesario a favor de las familias trabajadoras, y cuando nos fijamos en los actuales ataques a los derechos de los trabajadores y las familias trabajadoras, sabemos que la lección del 2010 es que perder no es una opción si queremos sobrevivir.

Así que mientras tanto hay que mantener la esperanza y salir a hacer campaña para ganar las elecciones con candidatos pro-laborales, lo que por sí solo no va a acabar con el ataque a las familias trabajadoras del país. Unidos, debemos construir un movimiento de los trabajadores que cambie la política del país. No a la retórica cargada de odio y división y sí a las soluciones; no a los debates sobre qué tan grande deba ser el regalo del impuesto a los multimillonarios y corporaciones y sí a crear buenos empleos con los que las familias trabajadoras puedan prosperar; no a la política del miedo y sí a un país que honre el trabajo de todos e implante una solución real al resquebrajado sistema de inmigración; no a los ataques a los derechos laborales y sí a un país que respete y promueva el derecho de los trabajadores a organizarse, a tener una voz en el empleo y a negociar mejores salarios y condiciones laborales.